



Dionisio Cañas

dionisio cañas

EL GRAN CRIMINAL

Ladrón que la ciudad rondas de noche. que espías la caída del sol, para que estas calles familiares te hagan sombra de sus sombras, corazón de su corazón, único latido de tu amor al hurto. Ladrón que acechas el brillo de los ojos, que hueles el perfume del miedo en la garganta, que das vueltas de pájaro de rapiña, para buscar palabras que embelesen, para poder entrar, mano de seda, y apoderarte del poema ajeno. Ladrón que la ciudad rondas de noche.

Dormidas las víboras de la droga, es primavera en Manhattan y el aire suena a mares en su oreja sucia. La luz se posa sobre los árboles, junto al río patrulla la flor de Irlanda, en carro azul con sirena plateada. El criminal se pasea por las calles, bajo una lluvia de imágenes sin pasado, perdidas para siempre en la mente. Viviendo escribe su poema en la hoja transparente de la memoria, llama azul que se agota en sí misma. No piensa en libros sino en la piel de un cuerpo enfermo, en las manchas moradas, en la sangre y el semen de la Muerte. Es su edad, es su hora y su tiempo, tiene que agotarlo, devorarlo. Amar, morir, es el saldo que le queda.

Una sencilla prueba sobre el SIDA, un recuerdo de campo luminoso, los años anteriores a esta peste, los relámpagos del amor, las borracheras, las agudas luces de la resaca y, sin embargo, sólo queríamos algo de ternura. Es delincuencia la felicidad. La poesía en el lugar del excremento, y la vida se trunca en cada encuentro. Pero hemos amado tanto, tanto, que en el viento silba aún el roce de un cuerpo contra otro. Y esta mirada en el bar vacío, y la única presencia del deseo, y el amor aquello que no desemboca. Acaricia con nostalgia el criminal el resto de sus recuerdos, la basura de esos días que brillaban en el mapa de la única ciudad, la capital infame, que él ama, y ya no tiene fuerza para odiar porque se ha borrado el tiempo. Es difícil no amar en esta primavera...

"Cobarde aquél que no agote el momento"... se dice el criminal, y escribe un nombre con espuma de cerveza. Un antiguo bolero del Caribe lo despierta de nuevo a la vida, aunque está solo y ha llegado la hora en que los músicos dejan vacío el escenario, en silencio las mesas en el bar. Je t'aime, ô capital infâme.

Como un águila encendida aquella noche, cuando iban a cerrar el bar, ojos verdes y el brillo del pelo humedecido por el roce de las estrellas de Manhattan cayó del cielo. Miraba más allá de los cuerpos, como el que viene de un largo cansancio, con el azul del que ha dormido poco y el cigarrillo entre los dedos. Quién era aquél que cuando el bar se hacía más delgado, y los clientes empezaban a marcharse, llegó solo y se fue en silencio. Águila encendida, que después de haber hecho con los ojos una marca de sangre sobre su víctima, se aleja para volver como la luz del rayo, con la furia de los que buscan nueva carne, con el deseo de los que sólo creen en los encuentros de una noche. Era el perdedor de la decente Historia, en la que poseer una familia y un coche es más digno que amar la rosa de lo sórdido. No habló con nadie, saludó con un gesto tranquilo, como las águilas que desde el cielo observan las aves que vuelan más abajo. No buscaba consuelo, pero había algo triste e interrogante en el paseo de sus ojos por los rostros. Sólo en el ordenador de alguna comisaría quedará memoria de su nombre, para el recuerdo inútil del gran Tiempo.

Oh negro y perfumado amigo, miedo mio, infancia de mi infancia, de un pasado de pequeñas catástrofes y hombres que rodean tu inocencia. Para qué volver, para qué oír de nuevo esa luz que en la noche te arrastra a cuevas y

escondites, si hay toda una vida de tu disposición y un lenguaje más duradero entre aquellos que hablan en los bares, decididos a que ardan las horas entre tragos e insinuaciones vanas...

Cuando las sombras de un bar se hacen familiares, y el olor de las cosas se convierte en carne de tu carne en el viejo bar McCarthy's, cuando sólo esperas de la noche el sueño, la estampida de imágenes que amaste o que dulcemente envenenaron tus días, cuando en la calle cae la lluvia como sobre su corazón las horas, inútiles y espantosamente fluviales, cuando está tu nombre borrándose en el alcohol, es entonces cuando empiezas a comprender que añoras lo vulgar de sus días, como si hubieran sido las estrellas de una película hermosa y ordinaria. Cuando abandonas el bar y sus habitantes y no miras hacia atrás, por si algún rostro, alguna palabra, se parece a su nombre, y vuelves al lugar donde estuviste, para recordar de nuevo la antigua historia de amor que tú te cuentas cuando estás solo, cuando te haces sombra, entre las otras sombras, y buscas un aliento callejero, un cuerpo vagabundo.

*Hambre y amor hacen girar el mundo;
el amor lo hace cesar el hambre,
y si no, el tiempo.*

Cuando la realidad empieza a no tener sentido y desde el confuso principio de las estrellas, hasta el cansancio del campesino en el atardecer, amigo vagabundo, ha ido poblándose tu camino de crímenes y desperdicios, de traiciones, de pasiones perdidas en los bares, de mesas mugrientas donde esperabas, con hambre y amor, el amanecer, entre los gestos vanos del vendedor de frutas.

Ahora que estás desnudo, ahora que brilla tu cuerpo entre la niebla, ahora que el amor se encuentra en el corazón de una botella, ahora que eres el hijo del alcohol, ve por la ciudad anunciando que es hora de que se levanten todos los borrachos, que es hora de que oigamos una música mejor.

Y es tu amor un reloj sin agujas, las calles por donde caminas un reloj y todos los días bebes el vino amargo de u reloj. Pero no tienes tiempo y sin saberlo amas estas cosas, porque la vida es para ti tan cotidiana y tan ajena...: unas cuantas monedas, los dispersos minutos de tu existencia.

Vuelven con la mañana los jugos agrios de la resaca y el claro amanecer entre los edificios, y el paso lento de las horas en espiral, entre anuncios de cerveza y cigarrillos, hacia el centro dando vueltas las hamburguesas y las patatas fritas, dando vueltas hacia el centro, el olor del sudor y la calentura de los piojos, hacia el centro dando vueltas, las horas, las horas, las horas dando vueltas felices hacia el centro. Alguien te espera, alguien te espera, alguien..., deja que tu cabeza se encienda con el alcohol, que la vida pase a tu lado tan cotidiana y tan ajena.

Qué le puedes preguntar al tiempo tú, desterrado, tú huérfano de todas las infancias, tú y la ciudad y la vuelta del tiempo y la noche que se alza sobre ti tan lejana como este cielo, y tus ojeras moradas de luces que vagan por las calles como aves perdidas en un laberinto de templos y tugurios.

Sólo una imagen te salvará cuando sueltes el aire de la luna ese aullido informe de tu cuerpo buscando otro cuerpo, cuando las luces se enciendan en las calles y hayan recogido toda la basura...